

FERNANDA

Ser amada quiere decir consumirse
en la llama. Amar es brillar con
una luz inextinguible. Ser amado es
pasar, amar es permanecer.

Rainer María Rilke, *Los cuadernos
de Malte Laurids Brigge*

1926

Corrió la cortina unos centímetros a la derecha para mirar la bahía. Poco antes de que lograra fijar la vista en el conjunto de las embarcaciones, su mano interfirió el espectáculo de aquella marina nocturna, encuadrada en el fino biselado de uno de los cristales, de tal suerte que los faros de los buques se encendieron en sus dedos: "Woo Fook Lung"... "Beulah"... los remolcadores y, más allá, el guardacostas. Súbitamente, así como aparece el rubor en la cara, su sonrisa quedó reflejada en el cristal —convertido en espejo humeante al adoptar como fondo ya no la luminosidad de la bahía sino el negror del cielo surcado de nubes diluidas y parpadeante de lejanos resplandores—, hasta el momento en que se abrió la puerta que estaba a sus espaldas y la luz del pasillo se estrelló en la ventana, reduciendo su pequeño mirador a sólo una mancha triangular y blanquecina: la mancha que veía en uno de los muros de la habitación, al mover la cabeza; en el vientre de Fernanda, después de girar sobre los talones, y en sus propios ojos cerrados, rehaciéndose en su macilenta geometría. Esa mancha le recordaría su presencia más extraordinaria: la de aquel día en que Fernanda tuvo un presentimiento, el día en que él programó el itinerario del largo viaje que, meses más tarde, realizaría a bordo de un barco parecido a los que contemplaba cuando ella apareció en el marco de la puerta y le dijo que la cena estaba lista.

Recordó el quitasol que Fernanda llevaba aquella ocasión en que él abandonó la barca y la vio desde el muelle. Parecía alejarse, empequeñecerse cada vez que la estremecía la marea y que su mirada la aislaba, despojándola de sus elementos más circunstanciales. Pero la cuerda que la sujetaba a uno de los amarraderos del muelle y que emergía tensa del agua, se la devolvía a una realidad cada vez más trepidante, a una sensación de continuidad sin solución. Revivió la escena en que Fernanda cerró el quitasol y se tendió boca arriba —adoptando la pose de una de las mujeres de Ingres— para escudriñar su mirada, hasta que el paso de una nube derramó el sol sobre su cara y él desapareció de su horizonte unos instantes. Fue como una premonición, el ensayo de una vivencia que poco tiempo después experimentaría dolorosamente. Tuvo que entornar los ojos para capturar nuevamente su imagen; estaba confundida, tenía el mismo gesto que en cierta fotografía impresa en color sepia.

Se trataba de una fotografía en la que ambos aparecen viendo

hacia el mismo sitio, hacia la izquierda. Si las hubiesen hecho con un poco más de alejamiento saldrían sus manos enlazadas; pero de él sólo se ve una parte de sus brazos, y de ella únicamente los senos, pequeños bajo sus hombros frágiles. La sonrisa de David parece responder a una broma del amigo que estaba tras la cámara; es una sonrisa de circunstancia, ligeramente mortificada por la simpleza de retratarse para perpetuar el recuerdo de un día de campo. Por el contrario, a ella la cámara la sorprendió con una expresión más compleja, con un gesto de angustiosa dicha. Su sonrisa recuerda las de aquellas jóvenes que gozan alegrías pasajeras y que hasta en sus instantes amorosos de mayor esplendor añaden al rictus del placer la sensación de una nostalgia anticipada. Parece preguntarse si esa fotografía era a la que habría de caligrafiarle en el reverso la frase que siempre se negó a pensar que llegaría a escribir: "En el día de su partida." Pero no fue a ésa, ni a otra, a la que le correspondería la bondad de ser el testimonio de su último paseo con él.

Poco hablaron durante la cena. Cuando se sirvió el café, Fernanda pidió que le llevaran el abanico que había dejado en el recibidor. Era un abanico de cartón, obsequio de la mercería que comenzaba a frecuentar, adornado con la fotografía de Francesca Bertini que distribuyó la casa Camus. La actriz, tocada con un velo negro, parecía salir de su pecho cada vez que dejaba de abanicarse. David la vio y no pensó en una mujer hermosa, pensó en todas las mujeres que Fernanda lo condenaba a no conocer.

Fue por esos días cuando ella desconoció el timbre de su voz, en que dejó de asociar su gravedad con la expresión de su rostro: entre su boca y su voz ya no existía una relación inmediata; parecía que era otro el que decía tal o cual cosa mientras que él ensayaba un burdo doblaje. Esa falta de correspondencia se anticipó apenas a la que se daría entre su cara y su carácter. Sus cambiantes estados de ánimo repetían el juego azaroso de las luces, cada una de distinto brillo e intensidad, a pesar de que los prismas del candil guardaban entre sí las proporciones más exactas. Estaba por demás que Fernanda consultara su expresión para adivinar la forma en que David respondería a su presencia, sobre todo cuando permanecía callado y, durante largo tiempo, de pie frente a la ventana que daba a la bahía. Le resultaba más sencillo buscar a su alrededor algún indicio que verle la cara para saber cuál era el motivo de su silencio: la extensión con que se había corrido la cortina, la posición de los objetos que estaban al alcance de su mano, todo aquello que establecen las reglas secretas de la comunicación silente; la misma comunicación que parece existir entre las cosas y de la cual a nosotros sólo nos llega un sordo rumor, un murmullo que a menudo se traduce en un crujido de maderas o en el discreto asentimiento de un espejo que ya recoge la claridad del techo, ya las sombras que proyectan sobre el piso los demás muebles de la habitación.

En un principio, Fernanda lo atribuyó a las cartas que su hermana le escribía, refiriéndole las andanzas de Vinicio. La suerte de su hermano, ciertamente, le preocupaba. Pero eso no era todo. A solas le daba menos importancia a esas quejas. Con ello, Fernanda le suministró un buen pretexto. Cuando le preguntaba si se fastidiaba a su lado, David no se veía en el trance de decirle que sí, que estando con ella no hacía más que pensar en la ocasión en que iría solo, en el lugar en donde buscaría emociones de las que nadie que permaneciera toda su vida en el puerto, podría hablar; no se veía en el trance de decirle que no, que no se trataba de eso, e inventar inmediatamente una historia. Le bastaba con hablar de Vinicio. A fuerza de tanto valerse de ese pretexto, David terminó por creer que lo que lo separaba cada vez más de Fernanda, era la paulatina desintegración de su hermano.

Roto el diálogo superfluo, se despedía de ella sin proponerle una cita para los días siguientes. Fernanda sabía muy bien que en nada cambiarían las cosas con pedírsela: iría a verla, sin duda, pero le leería las cartas de su hermana (“...Le mandé quince pesos y una caja con ropa y le escribí diciéndole que esto no puede continuar así, que hasta las familias que verdaderamente tienen recursos dejan de procurar a sus parientes cuando ven que éstos no hacen nada por sí mismos”. “...No es justo que por semejante hombre yo me esté mortificando; cada semana tengo que darle hasta para cigarros y planillas”. “...La dirección a donde le escribí es un lugar de mala muerte que se llama ‘Salón Noche Buena’; está en la calle del mercado de San Jorge. Ya te imaginarás por qué lugares andan mis cartas y mi nombre”); le pediría, al igual que en las fiestas familiares, que tocara el piano, y se marcharía tan pronto como le fuera posible. Entonces Fernanda analizaba sus intervenciones; un error pesaba más que todos sus aciertos. Después comparaba el resultado de la entrevista con los de las anteriores.

La víspera de la separación, David le leyó otra carta, fechada en San Jorge:

—Le mandé un telegrama el día 22 pero lo regresaron por no estar bien el domicilio; en él le avisaba de la muerte de Vinicio. Ese día murió a las seis de la mañana, murió a consecuencia de una borrachera. Antes fui a verlo; me dijo que si moría que ahí yo sabía lo que hacía con él. Ahora estoy sin trabajo; le ruego me haga favor de mandarme algo pues la caja la estoy debiendo... Luis Polvo.

Pasaron los días y David se fue. Sólo la evidencia de su partida a San Francisco convenció a Fernanda de su abandono, pues a pesar de que se habían distanciado, lo sabía cerca, sentía su presencia en las calles que recorría con el único propósito de encontrarlo. Cuando fueron a decirle que se había ido, no pudo



fingirse indiferente como lo hizo cada vez que le hablaron de él durante los días que permaneció en el puerto sin verla: esa tarde se encerró en su recámara con la decisión de nunca más salir de ella. Repitió sus palabras, refiriéndolas a las más variadas situaciones en que las pronunció, imitando para sí el timbre de su voz, representándose sus ademanes con los ojos cerrados para que ningún objeto de los que había a su alrededor distrajera su reconstrucción. Luego descartó toda posibilidad para ella. Por un momento llegó a pensar, relejendo una de sus cartas, que las actitudes tan desconcertantes que adoptó no significaban necesariamente una negativa a la entrega, sino que más bien se trataba de una posposición, del miedo a tomar una decisión sin antes pensarla “fríamente”, o de la necesidad que tiene todo amante de separarse de su amada para convencerse de la magnitud de su pasión. “Si la ausencia le hace recapacitar, se dijo, volverá conmigo; entonces sólo habrá que esperar una carta en la que me diga que vaya a reunirme o que él vendrá por mí”. Pero esa idea fue desvaneciéndose a medida que otros recuerdos hicieron su aparición a través de las fotografías, la correspondencia y los objetos con que se había enclaustrado. Si unas palabras de David le hicieron abrigar esperanzas, otras que no pronunció, sentimientos que no confió ni a los amigos con quienes se emborrachaba por esos días en que dejó de verla, le sonarían sordamente, como los adioses que se envían desde la cubierta de un barco que no cesa de tocar su

sirena, silenciando el estallido de las olas y el chillar de las gaviotas. Le bastó traer a la memoria el recuerdo de ese mutismo a que se entregaba en el curso de los paseos que hacían por las huertas, para imaginarlo lejos, a una infinita distancia del puerto. Corrió los visillos de la cortina para mirar hacia la calle y dijo con afectación estas palabras de él: "Si yo encontrara tranquilidad para mi alma, si tuviera la seguridad..." Apoyó la frente en el vidrio de la ventana; las lágrimas empezaron a tiritar en sus pestañas; pero el vaho con que se había empañado el cristal impidió a quien pasara frente a ella, verla llorar.

1927-1928

Para ir al río, Fernanda tomaba por el camino más largo; un camino apenas transitado, desigual, que la yerba, crecida de cualquier modo, ocultaba a trechos. Caminaba despacio —los brazos cruzados, la mirada en el paso—, como si esperara que alguien la alcanzara. Al llegar al Puente Quebrado, la evocación de su leyenda interrumpía sus meditaciones: "Debajo de este puente, se decía en el puerto, enterraron vivas a dos niñas; por eso no lo han derribado los temblores". Seguía hasta el sitio en donde los pescadores echaban sus redes; los observaba mientras se reponía del cansancio, luego regresaba a casa, a ordenar el desayuno.

Regresaba por el muelle. Las gaviotas, atraídas por su presencia, llegaban a posarse sobre los amarraderos. Fernanda oía el agua que, trepando por la pared musgosa, caía, esparcida, haciendo un ruido como de piedras arrojadas a un pozo; oía chocar unas barcas con otras; oía voces provenientes del faro; oía el chirriar, todavía incipiente, de cables y poleas, y oía la resonancia de su propia marcha, más apretada mientras más ganaba el día en claridad.

También paseaba en tren. En carros ruidosos de soldados, recorría el litoral en tranquila somnolencia. El aire que afilaba los acantilados llegaba hasta ella y le cerraba los ojos, como el médico que une los párpados de la joven paciente que tuvo que sufrir mucho antes de merecer la muerte. Si iba a Santa Elena, esperaba el tren de regreso contemplando la fuente techada. Aunque seca, era una fuente bellísima; su arqueta remataba en una corona, réplica de la de Isabel la Católica. En la estación compraba un ramo de aves del paraíso, las perdurables flores con que siempre adornaba el recibidor de su casa. En una ocasión se quedó dormida; las flores que humedecieron su pecho le hicieron soñar que de la fuente brotaba el agua.

Otra tarde soñó que el mar desaparecía, que la playa se perdía en el horizonte. A lo lejos, veía a David hundir los puños en la arena, esforzándose por incorporarse, torpe, como si fuera la primera criatura de una especie que se expulsaba a tierra. Pasado un rato, David lograba ponerse de pie y caminar hacia donde

estaba ella, esperándolo. Iba con la cabeza inclinada; llevaba el sol a cuestas. De pronto, el mar aparecía de nuevo. Tirada por la espuma, el agua lo seguía de cerca; le cubría los pies, las rodillas, la cintura. Finalmente, todo era una gran ola que primero empujaba con furia, y que después se debilitaba a medida que se extendía, hasta humedecer apenas la arena que Fernanda podía recoger con la mano sin necesidad de levantarse de su silla. En ese punto, se repetía la escena: el mar desaparecía; David se aferraba a la arena; la inercia le tiraba de los cabellos y de la piel; David vencía; se encaminaba en dirección de la tienda de Fernanda; el sol le quemaba; el agua volvía; una ola lo sepultaba; Fernanda subía los pies a la mesita para no mojarse los zapatos; con la resaca, el mar desaparecía; al precipitarse, descubría a David, arrodillado; David se paraba, desfalleciente; era un guerrero herido que reanudaba el combate; el sol, una vejiga luminosa, botaba sobre su cabeza; la línea azul del mar pasaba como una segadora; le cortaba las piernas, el pecho, lo degollaba; en la cresta de una ola flotaba una toalla; Fernanda pedía que la instalaran en otro sitio... Y así todo, hasta que el revisor la despertó indicándole que el tren había llegado.

A Fernanda le entregaron las pertenencias de Vinicio que Luis Polvo mandó al puerto con un agente viajero: un maletín de madera, una gorra, un abrigo y unos anteojos rotos. El maletín contenía una docena de cartas, un sobre con fotografías —algunas de ellas coloreadas—, una gramática francesa y un cuaderno de notas. Entre las fotografías había una de David dedicada a su hermano; la dedicatoria hacía alusión a una broma familiar: "Vinicio: conserva éste, mi parecido, como testimonio del cariño que te profeso. David". Otra pertenecía a su madre: fue tomada contra un espejo redondo enmarcado en madera tallada. Semejaba un camafeo olvidado sobre un almohadón de terciopelo. En el cuaderno de Vinicio había una nota sobre esa fotografía. "La guardo conmigo porque es la que más recuerdos me trae de ella. Parece buscar su memoria en la fría superficie del espejo. Sin duda después se llevó las manos a la cabeza para arreglar su peinado".

De las cartas, sólo una era de David. Hablaba de *Ella*, Fernanda la leyó sin reconocerse en esas líneas que le eran desfavorables. David confesaba quererla, pero no en el puerto ("...no aquí"), y sin embargo, aseguraba que no habría de llevarla consigo. "Únicamente a ti te lo digo, Vinicio, a ti que eres todo hermetismo..." Al terminar transcribía un texto de un amigo con el que en otro tiempo se reunía a conversar sobre sitios conocidos y por conocer:

Cuando llegue la tarde, esa tarde, haré mi valija: algunas poesías, ningún poema, sólo los recuerdos más transparentes, una pipa y, tal vez, la navaja con que te rasuras las axilas cuando no estoy en casa. Una valija de piel, de mi piel, curtida con el ácido de tu transpiración medida, con tus manos y tus lentos orgas-

mos. Una valija ligera, transportable, que quepa en el hueco que mi cuerpo deje si reposa o si muere, que quepa en lo imprevisto de un viaje largo y entre mi cabeza y el suelo, cuando duerma solo en la intemperie sola. Un viaje largo, una travesía, un lugar a donde no te lleve, a donde no me estorbes —no creas que me olvido de tu brevedad, al contrario: te pareces a la coma que une y separa las palabras de las frases dictadas sobre un cuaderno de caligrafía cerrada—, un lugar, pues, a donde no me alcance el alambre de tus quejas. Un viaje al Sumidero que acintura el caudal del río o al recorrido de una bala que da tumbos sobre circunvoluciones de cerebro. Un lugar para extrañarte, para no tenerte y, entonces, amarte.

Todos esos objetos alimentaban la promesa de una dicha que Fernanda nunca llegó a conocer. Las cosas que de alguna manera pertenecían a David, le eran inestimables. Sentía una intensa devoción por todo cuanto le concernía. “Momentos hay en que me figuro que sería capaz de servir sumisamente a quien tú amaras”, escribió secretamente, como si trazara los símbolos de un extraño tatuaje condenado a contemplarse a sí mismo bajo las ropas, olvidándose de que ya antes había dicho esas palabras en voz alta, cuando creía que sólo sus voces existían; esas voces que al juntarse se aumentaban, se reproducían en ecos que hacían salir a las gentes de quién sabe qué lugares, para verlos o imaginarlos.

En su ausencia, a ella le entregaron también la segunda y última carta de Luis Polvo. De tarde en tarde, la tomaba entre sus manos, leía y releía el nombre de David, su domicilio. Luego fijaba su atención en el reverso del sobre: “Remite Luis Polvo...” Se preguntó si habría algún contratiempo con relación al sepelio de Vinicio. ¿El dinero, no era suficiente? ¿Le notificaba que todo se había hecho conforme a sus deseos? Apenas la guardaba entre las páginas de un libro y ya volvía a tomarla. Caminaba por el recibidor abanicándose con la carta; la veía a contraluz, repasaba sus bordes con las yemas de los dedos, le destinaba otra página, otro libro, un voluminoso diccionario... Todo eso ¿durante cuánto tiempo? El papel se ensuciaba; apareció un pequeño resquicio, más tarde, una llaga que su mano disipó en una caricia. Pasaban los días y otra vez pensaba en ella. El resquicio ¿estaría más grande? Tal vez ya eran dos los tramos desprendidos... Un día abriría el libro y con él se levantaría la parte engomada del sobre, como se levanta un párpado después de un sueño profundo. En vano intentó volverlo a su estado original; al humedecerlo, su dedo quedó cubierto con una arenilla delgada. Arrojó la carta sobre la mesa. Un temor se apoderó de ella. Volvería a depositarla entre las últimas páginas del enciclopédico, apoyando todo su peso sobre ella para que recuperara su forma, para que se sellara nuevamente gracias a la acción lentísima del tiempo. ¿Cuántos meses la conservó allí? ¿En qué momento sacó la hojita, renun-



ciendo así a la esperanza de saber de él para enviársela, o de ponerla, despreocupadamente, en sus propias manos, después de que David cruzara la puerta del recibidor y se sentara a platicar con ella?

Muchas veces imaginó ese instante. David estaba sentado en el lugar de costumbre, en el confidente. Su sombrero color de trigo contrastaba con el rojo obispo de los cojines. No acertaba a mirarla de frente; intentaba, inútilmente, emitir una frase espontánea. Fernanda se veía a sí misma iluminada por la luz que caía desde la ventana. Sus labios se movían exageradamente, a la manera de los actores del cine, como si fuera consciente de la mudez de su sueño. Al cabo de un rato, se levantaba con ademán de haber recordado algo y se dirigía a la mesa para abrir el libro y sacar de entre sus páginas la carta. La tomaba acercándosela al pecho; luego volvía la cara hacia él y sonreía. Atravesaba nuevamente el espacio de luz, agitando un enjambre de partículas inasibles, y le tendía el sobre. David lo golpeaba con un dedo para alojar su contenido en el fondo, lo abría, desdoblaba la hojita y la leía extrañado, moviendo la cabeza como si se lamentara de una falta irreparable:

—No se forma una idea de lo caros que se pusieron aquí los sepelios, desde que cambiaron el panteón hasta cerca de la hacienda. Todo es a base de carroza y caro por lo lejos. . . La cruz que le puse es únicamente para poco tiempo; pero vi a un carpintero de esos baratos, y me hace una con zanco de corazón. De modo que usted me avisa de esto. . .

En el curso de su viaje, Fernanda desapareció de su conciencia, no de su memoria, como desaparecen con el tiempo los viejos sentimientos de culpa. ¿Pertenece ella sólo a ese mundo que él había dejado en el puerto? Nada tuvo que ver con su paludismo o con el trabajo que hacía para aquel griego que recorría las carreteras contratando vagabundos para la cosecha. Nada significó tampoco en aquellos días espléndidos que pasó en Fruit Valley, en compañía de una muchacha italiana. Sólo la fotografía que conservaba junto con sus documentos de migración, de los que la separaba cuidadosamente cada vez que la policía le pedía que se identificara, quedó como hilo conductor de su recuerdo. Y ese recuerdo, persistente no obstante su fragilidad, se fue deteriorando, sin acabarse, a la par que la fotografía. Las líneas y las manchas con que se fue cubriendo la copia, desdibujaron casi por completo a David y endurecieron las facciones de Fernanda. No se trataba de algo fortuito; David estaba convencido de que nuestros actos, cuando afectan a otra persona, pese a todo lo que hagamos por evitarlo, se registran por sí solos en alguna parte.

Así, una remota experiencia, en la que nunca antes reparó, vino a revelársele a través de una maltrecha reproducción del *San Juan*



Bautista de Leonardo. La tela, único ornato que había en el comedor del barco, estaba quebrada; una línea le restaba profundidad a la penumbrosa arboleda; otra cruzaba los ojos del Bautista dándole la apariencia de un ciego. Su sonrisa, aislada del rostro, le hizo pensar en las mujeres con quienes se bañó, cuando niño, en el río. Desde las texturas en que se levanta el largo cuello de San Juan, partió su reconstrucción hacia la espalda, deslizándose sobre una cabellera tersa, adherida a la carne, cuyas terminaciones daban vuelta en dirección de la pelvis e iban a confundirse con el nacimiento del vello en aquel montículo oculto tras una mano áspera, hecha de una piel distinta a la que, una y otra vez, aproximó su cuerpo. Pensó en aquel momento en que caminaba contra la corriente, apoyándose en las piernas de las bañistas cada vez que sentía caerse, tratando de reconocer entre ellas a la tía que lo había llevado consigo; pero todos esos rostros se le ofrecían como uno solo, como distintas versiones de un mismo ejemplar utilizado en un manual de antropometría, donde una página nos lo muestra de frente y la siguiente permite apreciar la dimensión de la mandíbula o la forma de su cráneo. Se recordó envuelto en un clima sofocante; elevándose por encima de los brazos que lo sujetaban, para llenar sus pulmones de aire; apartando con sus manos extendidas la cabeza de la mujer que lo estrechaba contra su pecho, e hincando los dedos de su pie en el sexo de una muchacha esbelta cuyos visajes lo mortificaban. Se recordó nuevamente libre; localizando la cara de su tía, esa cara que se parecía a todas: a la mujer que se sumergió en el agua y a quien no volvió a ver sino muchos años después, de cantinera en el burdel del puerto; a aquella otra que había besado su vientre; parecida a la que, puestas las manos en la cintura, inclinaba la frente para ver pasar las hojas por entre sus tobillos; a la que, con los dedos trabados por detrás de la nuca, le decía cosas, como desde la copa de un árbol.

Un sábado se alojó en un hotelucho de la frontera. La prostituta y el marino con quienes había coincidido en el mostrador de la administración, se quedaron con la habitación de junto; desde la cama oía cómo su respiración se sumaba a la densidad del ambiente del hotel; enfrente alguien escribía un informe apresurado; el tecleo irregular del mecanógrafo perforaba el prolongado jadeo de la pareja; las moscas entraban en su cuarto por los agujerillos de la malla. . . Pensó en la cantinera del burdel. Pensó en la muerte de Vinicio.

Vinicio le pedía con frecuencia dinero y consejos. Los consejos se los solicitaba en tal forma, que David terminaba dándoselos como él quería que se los diera. David fue su incondicional; no pocas veces, su cómplice. Esa amistad nació un día de la infancia en que Vinicio, dos años mayor que David, fue hacia su hermano en busca de protección. Estaban en la playa. David, de espaldas al mar, observaba a Vinicio desenredar el hilo de una cometa, cuando



un ruido, un retumbar sobre la arena inmovilizó a los dos niños. El ruido se asoció a una polvareda que avanzaba en dirección de ellos. Vinicio corrió a abrazarse de David. La cometa sobrevoló la polvareda y se clavó en el agua. Al despejar el viento la playa, los hermanos vieron a un potro salvaje que corría tras su manada.

David se reprochó haber utilizado a su hermano ante Fernanda y ante sí mismo. Pensar en él, con independencia de su amante, era para David algo nuevo que le permitía adentrarse en su infancia y en su primera juventud. ¡Cómo lo ahogaba la nostalgia al recordar aquella mañana en que Vinicio lo llevó a ver a unas mujeres que cargaban de azúcar un barco que había llegado al puerto todo envuelto en misterio! Eran ellas mujeres altas, fuertes, de tez blanca, mejillas sonrosadas y carnosos labios. Como hacían el trabajo de los hombres, y sólo llevaban por atuendo una pañoleta amarrada a la cabeza y un calzón corto, se impuso la creencia de que se trataba de un barco ruso.

Pero las imágenes de un sueño terrible habrían de venir a ocupar el sitio de esos recuerdos. Vinicio, custodiado por elementos de la policía montada, se dirigía a sus jueces: "... Me colgaron por el pecho... La cuerda penetraba en mis carnes... Me suspendieron de los pulgares... Se abrazaban a mí para aumentar la presión del cordel... Me picaron con alfileres... Me quemaron la cara con cerillos... Se cansaba uno y seguía otro..." Comido por la fiebre, David había soñado a su hermano en la situación en que se vio el dibujante que por ese tiempo fue procesado y condenado a muerte por haber asesinado al presidente Obregón.

En Santa Rosalía, David convaleció largamente. Los mineros y los empresarios franceses abandonaban el lugar durante el día; sólo sus mujeres merodeaban, dispersas, por los muelles. Ocultos en su propia herrumbre, los escasos buques se mecían no tanto en el mar como en su conciencia. Las cápsulas de quinina; los soliloquios de la anciana que le alquiló una cama, junto a la suya; la lectura del folletín que encontró sobre la cómoda; el sucio mosquitero que lo atrapaba en sus momentos de delirio; las sombras que se congregaban por las tardes para rezar y pedir el advenimiento del reino de Cristo y el fin de la persecución religiosa; todo ese universo obstinado que se había dado cita con él en la única habitación de la casa, venía a confirmar el ineluctable destino de los que son amados, a cuyo alrededor no hay más que penalidades.

1929

David regresó. La buscó sin saber qué iba a decirle cuando se encontrara frente a ella. Su regreso fue como un rumor; nadie se atrevió a mencionar su nombre, nadie se acercó a la casa de Fernanda, todos evitaron cruzar una mirada con su esposo por temor a delatarla, delatándose. La buscó sabiendo que se había casado y que tenía un hijo. El chofer que contrató el día de su llegada y que lo recogía en su hotel por las mañanas, le preguntó si era amigo del dueño de esa casa cubierta de enredaderas y bugambilias frente a la cual se detenían durante el día y por la tarde, una vez hasta muy entrada la noche. Y el esposo de Fernanda llegó a comentar en la mesa el regreso de "ese individuo" a quien todos conocían en el puerto y que se negaba a hablar con sus viejos amigos; no ocultó su malestar por el alud de murmullos que levantaba al pasar por los portales o rondar por los jardines sin bajarse del automóvil. Pero ese viernes David se fue y nunca supo más de ella. La recordó, la recuerda todavía sobre una pequeña barca, tendida como en un lecho, con un quitasol desteñido.

Con los años, Fernanda llegó a sentir afecto por su esposo. Era un hombre bueno. Permaneció a su lado porque había comprendido que esa era la mejor manera de estar consigo. La vida con él no hacía sino aumentar su soledad y eso le agradaba. Sin quererlo, y sin impedirlo, se fue haciendo a su imagen. Sólo en la oscuridad era por completo diferente.

También su esposo se hizo a su imagen, pero no poco a poco: su conversión fue de golpe. Jugaba con el portarretratos que tenían sobre el piano cuando resbaló el vidrio y se rompió sobre el piso; tomó el retrato de bodas y se quedó mirándolo detenidamente; luego descubrió que entre el retrato y el cartón que lo reforzaba, Fernanda había escondido otro, impreso en color sepia, en el que ella aparecía con David sonriendo... No dijo nada; desde entonces se pareció a su mujer.